

Mensaje 1

Los verdaderos adoradores

En la era del Nuevo Testamento

Los verdaderos adoradores que busca el Padre

El tema que queremos compartir en estos días es: los verdaderos adoradores en la era del Nuevo Testamento. Dios está buscando verdaderos adoradores. Si te preguntara: “¿Eres tú un verdadero adorador?”, me dirías: “Sí, lo soy”. Pero, ¿qué es un verdadero adorador? ¿Qué constituye a un verdadero adorador? La palabra “adorar” es utilizada por muchos cristianos hoy. Si les preguntas a algunos de ellos un domingo por la mañana que adónde van, te dirán: “voy a adorar”. Si miras la palabra “adorar” en el diccionario, te dice que significa: postrarse ante Dios, arrodillarse con respeto, o tener un temor piadoso. Esto es correcto, la palabra “adorar” también tiene este significado, pero lo que nos interesa no es el significado natural de la palabra, sino lo que significa la adoración según Dios en la Biblia. Sabemos lo que dice el diccionario, pero queremos saber qué nos demanda Dios.

Nuestro Dios es el único digno de adoración

Dios, el Dios vivo y verdadero, es el único digno de nuestra adoración. No debemos adorar a ningún otro. Este es el mandamiento de Dios: “*No tendrás dioses ajenos delante de Mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque Yo soy el SEÑOR tu Dios, fuerte, celoso,...*” (Éxodo 20:3-5). Esto está muy claro en la Palabra de Dios. Dios, también llamado en la Palabra: Jehová, Yahvé, o Elohim, es el único Dios verdadero. Por eso, al pueblo de Dios no se le consiente adorar a ningún dios o ídolo. ¿Te postrarías y adorarías algo como una mesa? ¿O un becerro de oro? La gente adora cualquier cosa, incluso a sus ancestros, incluso, adoran a los hombres. En el tiempo de los

romanos, los césares se auto proclamaban dioses, y exigían que la gente los adorara. El mismo Nabucodonosor construyó una imagen para ser adorada (Dan. 3), y por ello, Dios lo castigó severamente. Sólo Dios es merecedor de adoración. Y no sólo lo merece, sino que por el hecho de ser Dios tienes que adorarlo. ¡Él es el Dios vivo No puedes decir: “Yo no quiero adorarlo”. Tienes que hacerlo; Él es Dios, y tú has sido creado por Él, tú eres Su creación. Por eso, es tan importante que conozcamos el verdadero significado de la adoración según la Biblia, según lo que Dios quiere que hagamos.

Satanás también quiere que el hombre lo adore. El diablo quiere ser adorado. Recuerda una de las tentaciones del diablo al Señor Jesús. Le dijo: “*Y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adores*”. Le prometió todas las riquezas y la gloria. La respuesta del Señor fue: “*Al Señor tu Dios adorarás, y a Él sólo servirás*” (Mt. 4:8-10). Sólo puedes adorar y servir a Dios. Dios es el único digno de nuestra adoración.

La adoración en espíritu y en verdad (realidad)

En Juan 4, el Señor estaba conversando con la mujer samaritana, y de repente, la samaritana se volvió muy religiosa, aunque era una pecadora, adúltera, que había tenido 5 maridos, y el que tenía ahora no era ni siquiera su marido. Cuando el Señor la expuso, inmediatamente cambió de tema al asunto de la adoración: “*Le dijo la mujer: Señor, me parece que Tú eres profeta. El Señor es mucho más que un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar. Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis (Mucha gente adora lo que no sabe); nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. (Los judíos sí sabían lo que adoraban). Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren*” (Juan 4:19-24). Hay un tipo especial de personas que adoran a Dios, el Padre, de una cierta manera, en espíritu y en verdad. Estos son los verdaderos adoradores.

Por eso, antes de seguir, debemos ver cuál es el significado de la palabra

“verdad”. La palabra “verdad”, aquí, debería ser traducida como realidad, porque denota la sustancia. En el Nuevo Testamento, la verdad, no es sólo algo que es verdad o cierto, sino una Persona viva, el Señor Jesucristo.

La adoración de los judíos, incluso durante el tiempo del Antiguo Pacto, no era la verdadera adoración, porque era una adoración a través de animales: becerros, ovejas, cabras, palominos, etc., ¿son esas las verdaderas ofrendas? La verdadera ofrenda es el Señor Jesucristo. Todo el libro de Hebreos nos muestra que el Señor Jesucristo es la realidad de las ofrendas, la verdadera ofrenda. Los becerros, las ovejas, las cabras, la flor de harina, no son la realidad. No le traigas al Padre una “tarta de cerezas de la selva negra”, por muy buena que esté. En la era del Nuevo Testamento, la ofrenda de Flor de Harina es el Señor Jesucristo, Él es la realidad, Él es la verdadera ofrenda espiritual.

En cuanto a adorar en el espíritu, en el Antiguo Testamento, el lugar era físico, Jerusalén. Para adorar tenías que ir allí, pero en la era del Nuevo Testamento, ese edificio ya no es físico, sino espiritual, es una casa espiritual. Hay una gran diferencia. Recuerda: “*Adorar en espíritu y en realidad*”. Esto es lo que el Padre busca.

La adoración a Dios el Padre

Es importante notar que no sólo dice: “Dios”, sino que especifica: “el Padre”. ¿De quién es el Padre? Es tú Padre, y nuestro Padre. ¡Esto es maravilloso! Siempre clamamos: “Señor Jesús, Señor Jesús”. Esto, por supuesto, es correcto, pero aquí se nos muestra que en nuestra relación con Dios debemos tener relación con el Padre. Hace ya bastante tiempo que comencé a tener comunión con los santos en las iglesias sobre este asunto, porque siempre que oramos, decimos: “Señor Jesús”. Y cuando necesitas algo dices: “Señor Jesús”. Esto no está mal, no me mal interpretéis. Pero cuando el Señor les dijo a los discípulos que oraran, les dijo que lo hicieran al Padre.

¿Te has preguntado alguna vez cómo Dios llegó a ser tu Padre? ¿Él es sólo tu Dios o es también tu Padre? Ambos. ¿Pero, cómo puede llegar a ser tu Padre? Para ello, tienes que nacer de nuevo, nacer de Su vida. Muchos creen en Dios; Santiago, incluso, dice que los demonios creen en Dios y tiemblan (Stg. 2:19). Sólo creer en la existencia de Dios no es suficiente. Dios existe, lo creas o no. Él es el Todopoderoso, el que creó los cielos y la tierra, y el que te creó a ti, pero, ahora, este Dios también es tu Padre. ¿Cuál es la diferencia entre que Él sea sólo Dios para ti o sea tu

Padre? Si no tienes relación con este Dios, Él es simplemente Dios. Muchos creen en Dios, dicen: “Yo creo en Dios”. Pero esto no es suficiente. El Señor dice: “*Nadie viene al Padre, sino por Mí*” (Juan 14:6). Tienes que comprender que Dios quiere ser tu Padre. Y para que esto suceda, Su vida, a través de Jesucristo y Su Espíritu tienen que entrar en ti. Si no has nacido de Dios, Él no es tu Padre, y tú no puedes ser Su hijo.

Si no has nacido de nuevo, este Dios maravilloso, grandioso, Todo poderoso, no puede ser tu Padre, y si Él no es tu Padre, tu relación con Él es inexistente. Por eso, mucha gente no creen en Dios, y otros creen en Él, pero no saben quién es. ¿Conoces tú a tu padre en la carne? Sí. Entonces, ¿cómo es que mucha gente dice que cree en Dios, pero no saben quién es? Por eso, el Señor le dice a la mujer Samaritana: “*Vosotros adoráis lo que no sabéis*”. Y a continuación el Señor habla de adorar al Padre. Esto es muy dulce y maravilloso. Esto quiere decir que si no tienes relación con Dios, ¿cómo le vas a adorar? Estarás adorando algo que no conoces. Es por eso que la gente adora cualquier cosa, porque no le conoce.

Nacer de nuevo para adorar al Padre

El Padre es el objeto de nuestra adoración. Pero, si no tienes una relación íntima con Él, no tendrás ningún deseo de adorarle, de amarle, y de servirle con todo tu corazón. Para adorar al Padre tienes que tener una buena relación con Él. Por eso, antes de que el Señor hablara de la adoración en Juan 4, en el capítulo 3, habla de nacer de nuevo, nacer del Espíritu. Leamos los versículos en Juan: “*Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como Maestro; porque nadie puede hacer estas señales que Tú haces, si no está Dios con Él. Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios*” (vs. 1-3). Esto significa nacer por segunda vez. ¿No es maravilloso nacer de nuevo? ¿Cuántos padres tienes? Uno en la tierra y otro en los cielos. Tener sólo un padre terrenal no es bueno, tienes que tener dos, uno terrenal y un segundo, el Padre celestial. ¿Cuál es mejor? los dos son buenos en diferentes maneras, pero el Padre celestial es mejor. El Señor dice: “*Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?*” (Mt. 7:11).

Por eso, debemos nacer de nuevo, del agua y del Espíritu. El agua se refiere al bautismo, porque en el evangelio de Juan vemos que aún el Señor Jesús fue bautizado; y Juan el Bautista vino bautizando en agua. Pero, el Señor Jesús no viene a bautizarte sólo en agua, sino en el Espíritu. El primero es para enterrar tu pasado y poner toda tu naturaleza caída en la muerte, y, el segundo, para que el Espíritu, traiga la vida de Dios dentro de ti, esto es, dentro de tu espíritu. El primer nacimiento es el nacimiento en la carne, de tus padres humanos, y el segundo es el nacimiento de Dios, a través del Espíritu. ¡Tienes que nacer de nuevo! Si aún no has nacido de nuevo, hazlo ahora, y, recibe al Señor.

Una vez que has nacido de nuevo, Juan 3:6 dice: *“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”*. Probablemente te parezcas a tu padre terrenal, pero: ¿te pareces a tu Padre celestial? Por supuesto, cada día más. Cuanto más crecemos en esta vida maravillosa, más nos parecemos a nuestro Padre, por eso dice la Biblia que somos transformados y conformados a la imagen del Hijo de Dios. ¡Esto es maravilloso!

Pero si no has nacido en el espíritu, por el Espíritu de Dios, ¿cómo puedes venir al capítulo 4, y ser un verdadero adorador? Dios es Espíritu, esta es Su naturaleza, Su sustancia, es otro ámbito. Nosotros nos movemos en una esfera carnal, terrenal, visible, tangible, pero hay otra esfera, que no es física, que no la puedes ver con tus ojos naturales, que tan sólo la puedes percibir en tu espíritu. No hay otro camino. La gente dice: “Si Dios es real, muéstramelo” Él está ahí, pero no lo puedes ver. No es porque Dios no quiera mostrarse a ti, sino porque tú no estás cualificado para ver a Dios, porque sólo lo puedes ver y conocer en el espíritu. Para ver a Dios, primero tienes que nacer de nuevo. Si no naces de nuevo no puedes entrar, ni si quiera ver el reino de Dios. Es muy importante que veamos esto para poder continuar con el tema de la verdadera adoración.

Incluso la mayoría de los judíos, excepto unos pocos, no tenían una verdadera adoración, porque adoraban de manera externa. Por ello, cuando el Cristo vivo vino a ellos, no le conocieron, porque sólo veían a Jesús según la carne. No comprendían que este Jesús era el mismo Dios vivo. Por eso, el Señor tuvo que hacer señales externas; si no las hubiera hecho, no se habrían percatado de que Él era extraordinario. ¿Puede algún hombre convertir el agua en vino? El Señor hizo muchos milagros, levantó a muertos, anduvo sobre el mar, sanó a los enfermos, Él hizo muchos milagros para que los viera la gente, pero aunque vieron

todos estos milagros, la mayoría aún seguía sin creer. Por eso, Él dijo, en el evangelio de Juan, que no se fiaba de aquellos que creían en Él, por causa de Sus milagros, porque para conocer al Dios vivo necesitas el espíritu.

Conocer al Dios Triuno para adorarle

Ahora, este Dios vivo ya no es sólo Dios para ti, sino también un Padre. Por eso, en la Biblia nuestro Dios es Tri-uno: Padre, Hijo y Espíritu Santo. No pienses que es tan simple. Dios es Dios, sí, pero no es tan simple. Por nuestra causa, para llevar a cabo Su propósito, especialmente con nosotros, los seres humanos, Él tiene que ser revelado como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y estos tres existen y coexisten en todo momento, por causa nuestra. No lo puedo explicar completamente, y tampoco lo puedes comprender totalmente con tu mente, pero puedes percibirlo en tu espíritu. El Padre es Dios, Él es el origen, el Dios Todopoderoso; el Hijo, el Señor Jesucristo, se hizo hombre, se encarnó para identificarse contigo, para que por medio de Su muerte y resurrección llegara a ser el Primogénito, y nosotros llegáramos a ser Sus muchos hermanos; y ahora, el Espíritu trae toda esta realidad dentro de ti. El que está en ti es el Espíritu, pero, al mismo tiempo es el Espíritu del Hijo, es el Hijo mismo. El Espíritu es la unción, que te enseña, te guía, te fortalece, te da revelación. Sin el Espíritu en ti, no es posible adorarle.

Por otro lado, el Hijo es la realidad de todas las ofrendas. Debes aprender a preparar las ofrendas y traer a Cristo, como las ofrendas, al Padre. ¿Pero, no es el Señor y el Padre uno? No se puede explicar. Tenemos sólo un Dios, no tres, pero se revela a nosotros como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Sin esta Trinidad divina, no se puede llevar a cabo el propósito de Dios con nosotros. No vayas demasiado lejos analizando, de lo contrario terminarás creyendo en tres dioses. No tenemos tres dioses, pero tampoco digas que los tres son lo mismo, de lo contrario lo mezclarás todo. Hay una distinción. No puedes decir, por ejemplo: “Puesto que el Señor Jesús es el Primogénito, y nosotros somos Sus muchos hermanos, entonces, Dios el Padre es mi hermano mayor”. No, no digas: “Dios es mi hermano”. Jesucristo, el Primogénito de entre los muertos, Él es mi hermano, porque Él se hizo hombre y llegó a ser como nosotros. Le puedes decir al Señor: “Señor, Tú eres mi hermano mayor, ayúdame”. Cuando tengas un problema, ve a tu hermano mayor. Pero no puedes decir: “Dios es mi hermano mayor”. Hay una distinción. Por eso es tan importante conocer al Padre, tener una verdadera relación con Dios, como nuestro Padre. El Padre es el Padre, no puedes explicar mucho más.

Necesitamos tener una relación con Dios, como nuestro Padre. Es una relación diferente. Cristo es el Esposo y nosotros somos la Esposa. Eso es maravilloso, pero, no podemos decir que somos la Esposa de Dios, sino la Esposa de Cristo. Esa es la distinción. Y el Espíritu Santo introduce toda esta realidad en nosotros, Él es el que nos enseña todas las cosas. Muchas veces, dentro de tu espíritu, tienes que aprender a decir: “Unción, enséñame. Señor Espíritu, enséñame”. Necesitas la enseñanza del Espíritu, porque el Espíritu Santo mora en ti para enseñarte, dirigirte, guiarte, y alumbrarte. Por eso, Pablo oró para que *“el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él”* (Ef. 1:17). Aquí tenemos a los tres. El Espíritu de sabiduría y revelación, la unción que reside en nosotros, nos enseñará todas las cosas. Es muy importante que lo experimentemos.

Si no hacemos esta distinción en nuestra experiencia, ¿cómo vamos a adorar al Padre? Siempre decimos: “Señor Jesús, Te adoramos”. Está bien, pero el Señor te dirá: “la verdadera adoración es al Padre. Mi meta es traerte a adorar al Padre”. El Señor es también Dios, y es merecedor de nuestra adoración, por eso lo adoramos en la mesa del Señor, pero esa adoración es más de agradecimiento por lo que Él ha hecho por nosotros, pero el verdadero objeto de nuestra adoración es el Padre. Por eso, en Juan dice: *“Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por Mí”* (v. 14:6). Él es el camino para adorar al Padre, Él es la verdad, la realidad de todas las ofrendas, y la vida. Debe ser algo vivo. No traigas al Padre algo muerto. Este es el camino para venir al Padre a adorarlo. Es muy importante que lo veamos. No lo tomes como una doctrina.

Establecer una relación viva con el Padre

Desde ahora en adelante, desarrolla una relación con el verdadero Padre celestial. Aprende a decir: “¡Abba, Padre! ¡PadreDios!”.

En Gálatas nos dice: *“Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!”* (v. 4:6).

Aprende a clamar: “Abba, Padre!”. Esta es la reacción del Espíritu dentro de ti. Romanos también nos dice: *“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de filiación, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”* (v. 8:15).

Establece esta relación con el Padre, porque si no, no apreciarás la verdadera adoración. Por eso, muchos cristianos, incluso entre nosotros, no entramos en la realidad de la verdadera adoración. Sólo somos conscientes del Señor como nuestro Salvador, que murió en la cruz, resucitó, llegó a ser el Espíritu y entró en nosotros. Pero, apenas mencionamos al Padre. Todos necesitamos desarrollar una relación viva con el Padre cada día, de lo contrario, el Padre se convertirá tan sólo en una doctrina para ti. El Padre no debe ser una doctrina. ¿Es tu relación con tu padre terrenal una doctrina, una tradición, o una formalidad? Es una relación verdadera. Si no tienes una relación viva con el Padre, y no clamamos a Él diciéndole: “Padre, ¡Abba, Padre! Vengo a Ti. Quiero conocerte, tocarte, experimentarte”, si no tienes esta relación maravillosa con Él, tu adoración al Padre será sin sentido, o al menos, no tendrá tanto sentido. Establece una relación viva con el Padre. Es como tu relación con Cristo, que murió por ti. ¿Es sólo doctrinal? Espero que no. Del mismo modo, nuestra relación con el Padre debe ser real, íntima, de confianza, de amor, de cuidado. Como dice Mateo 5-7, el Padre cuida de nosotros. Él lo ve todo, Él vela por ti, Él conoce cada una de tus necesidades (Mt. 6:32). Tienes que tener tal relación viva y de amor con Él.

Recuerda lo que habla el evangelio de Lucas, capítulo 15, sobre el hijo pródigo que volvió al Padre. Muchas veces pensamos: “¡Oh, es tan difícil que me perdone!”. Quizás te has equivocado en algo y temes que el Padre no te perdone, pero el Padre siempre te perdona. Desarrolla tal relación amorosa con el Padre, de lo contrario, no podrás continuar con tu verdadera adoración al Padre.

El evangelio de Juan nos muestra que Dios es nuestro Padre. Allí dice: “*Diles: Subo a Mi Padre y a vuestro Padre, a Mi Dios y a vuestro Dios*” (20:17). En síntesis, es así como termina el evangelio de Juan. Debemos establecer una relación de confianza con el Padre, porque no adoramos a un Dios Todo poderoso como a un objeto, sino que adoramos al Padre. Esto no es algo insignificante. Todos necesitamos establecer tal relación con nuestro Padre celestial.

Montrose (PA), 30.08.2014 JS